

ANTONIO PÉREZ TABERNEO* CUENTA SU VIDA

MARINO GÓMEZ-SANTOS

I

Delgado, alto, parsimonioso, vestido de «sport», tiene aire de hidalgo castellano, de torero del novecientos, de aristócrata que siempre viene del Hipódromo, de caballero paseante de los madriles que lleva un par de duros nuevos y sin dobleces, para largárselos a la florista que está a la puesta de Chicote.

Sus amigos le hablan de tú, pero le llaman don Antonio. Como Rafael Guerra a Mazzantini le decía «don Luis» y luego le llamaba de tú:

—Oye, don Luis: ¿qué dinero te dan a ti por torear en la Maestranza?

Antonio Pérez Taberneo es uno de los nombres que no se comprenden sin ir precedidos del don, como cuando se nombra a don Ramón del Valle-Inclán, a don Jacinto Benavente, a don Antonio Machado, a don Gregorio Marañón.

Cuando sale el ganadero de su dehesa de San Fernando, sentado al volante, con guantes de piel y un «foulard» anudado al cuello, saltan del camino los gallos de pelea y los mayoresales se quitan la gorrilla de visera.

—¡Vaya *usté* con Dios, don Antonio!

Al atardecer, el ganadero entra en el hotel Palace, donde tiene reservada siempre la habitación 333.

El equipaje del viajero salmantino es ligero: dos maletines pequeños, de piel clara. Uno, con camisas y libros; otro, con útiles de «toilette».

Habitación 333. Sobre la mesilla de noche hay una botella de agua mineral y un vaso de cuerno labrado.

—¡Don Antonio!

—¡Qué quieres; soy un hombre apegado a la tradición! Ese es el vaso que mi tío abuelo, «el Cojo de Continos», llevaba siempre en las alforjas de su caballo, para beber vino de Rueda y de la Nava del Rey.

* Estos artículos fueron publicados en el Diario Pueblo al 30-XII-1957.

Sobre la silla de noche hay también un libro titulado «Egipto bajo los faraones». Don Antonio Pérez Tabernero es un lector de libros de Historia.

Una silla con dos sombrereras. Una con sombreros anchos; otra, con sombreros flexibles.

—Abre el armario.

Puede contener el armario, de tres cuerpos, medio centenar de corbatas, ropa de «sport», un «smoking» y dos trajes cortos, uno de gala y otro corriente. Hay también una muleta, varios pares de botos camperos y unas polainas para el traje corto, hechas por un artesano de Sevilla, en el siglo pasado.

—Visto siempre de corto. Nadie puede decirme que en el campo me ha visto de señorito. Únicamente para venir a Madrid me cambio de ropa corta. Hasta mi padre, casi todos mis antepasados vistieron de charro. «El Cojo de Continuos» ya vestía de señorito, y mi padre también. Pero mis dos abuelos, Casimiro y Antonio Pérez, vestían de charro. Todavía hoy, en las librerías de Salamanca, se venden postales con el retrato de mi abuelo Antonio Pérez, un retrato admirable que le hicieron a la puerta de la iglesia de San Esteban.

Don Antonio Pérez Tabernero se crió pegado a la capa de su abuelo Casimiro. Los chicos que se crían con los abuelos, cuando se hacen mayores, son casi siempre superiores a los que se crían de otra manera.

—Le acompañé mucho a mi abuelo Casimiro en sus frecuentes viajes a Extremadura, en las temporadas de mis vacaciones. Creo que ha sido el hombre que más ha influido en la formación de mi espíritu.

Don Antonio le recuerda montado a caballo, con la capa que luego describirá Gabriel y Galán, en sus versos al ganadero.

—Me acuerdo perfectamente de los versos: «Tiene una larga capa, —tan larga capa de paño—, que al caballote castaño-nalgas y pecho le tapa»... Mi abuelo llamaba a esta prenda la capa caminante, y yo, en aquella época, con mi poca edad, no acertaba a interpretar el significado que mi abuelo le daba a la palabra caminante. Necesité bastos años para comprender que caminante, no es igual que viajero, ni viajante, ni mucho menos que turista. Caminante es el hombre de los atajos y de las veredas, de los cordeles y de las cañadas, hombre de largas jornadas que empezaban al rayar el alba y terminaban entre oscuro y sol puesto, pues no era prudente caminar de noche, cuando en las alforjas se llevaba el producto de las últimas ventas, o el dinero que había que adelantar por la próxima invernía. Hablamos de los viajes a pie, de los viajes de José María Quadrado que ilustró Parcerisa. Recordamos las admirables páginas que sobre este mismo tema ha escrito Rafael Sánchez-Mazas.

—Era oficio duro y peligroso el de caminante, que no en balde, cuando amos y criados rezaban juntos el rosario en las cocinas charras, bajo la amplia chimenea de campana, nunca faltaba un Padrenuestro por el caminante.

—¿Y usted, en qué ha viajado, don Antonio?

—Muchas leguas, a caballo, que es donde más seguro me encuentro; luego en tren y en automóvil. Dos o tres veces ha subido en avión.

Un ganadero como don Antonio Pérez Tabernero sabe mantener muy bien el equilibrio entre la tradición y la vida moderna. Porque éste, que podría ser un ganadero de gran reloj de dos tapas y cadena, cruzándole el vientre, es un ganadero que empieza por no tener vientre y que lleva un reloj de pulsera con los hierros de A.P. y de Montalvo.

—Mira; reconozco que es muy práctico el avión y no me da siquiera impresión de peligro; pero me resulta desagradable ver la tierra en sentido vertical. Ni los montes de encina de Salamanca, ni las islas y las marismas de Andalucía, tienen desde un avión la belleza que paseando por ellos, montado en un caballo.

—Pero usted, que ha mandado toros a América, ¿no ha ido ninguna vez a Méjico...?

—Yo jamás salgo de España. En mi vida, que ya no es corta, dos o tres veces llegué hasta Bayona para ver lidiar una corrida de toros, y estaba deseando siempre que lidiaran el último para salir hacia Irún. Te he repetido muchas veces, porque además es verdad, que yo soy un trashumante: pero siempre, claro está, refiriéndome a España.

Cuando llega a Madrid, don Antonio dedica los primeros días a saludar a sus amigos y a enterarse de las noticias taurinas.

—En ese tiempo tan corto estoy contentísimo, como si viniera a Madrid por primera vez; pero en seguida empiezo a acordarme de San Fernando y de mis vacas y de mis ovejas, y ya no hay forma de retenerme más. Lo que no quita que pasados allí otros veinte días esté deseando volver, con lo cual estoy siempre en la carretera.

Don Antonio Pérez Tabernero ha vivido más en el campo que en las ciudades.

—En Salamanca, más exactamente en Matilla de los Caños, conocí a don Miguel de Unamuno. Era tertulio diario en casa de mi pobre hermano Argimiro. Intelectualmente, yo no podría tomarle la medida, ni tener con él la menor discusión, tal era su talla. Pero me admiraba mucho observar lo fácilmente que asimilaba todo lo que se refería al campo. Don Miguel de Unamuno era un hombre que no podía pasar inadvertido, ni aún para los más alejados de lo intelectual.

¡Bueno, don Antonio, que está exageñando! ¡Si es usted el vicepresidente del Ateneo de Salamanca!...

Don Antonio se pone un poco serio.

—Es un cargo que me llena de orgullo; pero que sigo sin explicarme por qué se han acordado para desempeñarlo, de un hombre sin preparación alguna y precisamente en una ciudad como Salamanca, donde los sabios están más espesos que en ninguna parte.

Habla don Antonio de Salamanca con sabiduría. Conoce su historia y a su gente. Como conocían su ciudad los antiguos cuando las ciudades podían dominarse con la vista y el castellano se sentaba a la puerta de su casa al atardecer.

—Allí todo es genial. Los profesores de su Universidad siguen sin competencia posible. En las otras universidades, en la plaza Mayor, en las calles, salen catedrati-

cos en tratantes, en ganaderos y en corredores. Hasta los gitanos de Salamanca son mucho más listos que el resto de los gitanos de España.

Estamos sentados en la habitación 333 del Hotel Palace. Don Antonio va a su maletín y saca un pequeño cuaderno de piel.

—Voy a leerte una copla.

—Léala usted, don Antonio.

—«Dijo a la lengua el suspiro: échate a buscar palabras que digan lo que yo digo». Fíjate si es posible explicar en menos palabras un sentimiento.

Don Antonio también entiende de coplas y de flamenco.

—¡Claro que entiendo, hombre! No sólo soy aficionado. Es que presumo de estar entre la docena de los que más entienden de flamenco en España.

¿Quiénes componen la selección, don Antonio?

—Pues creo que saben más que yo Pepe Carlos Luna, César Jalón «Clarito», el conde de Colombí y alguno de los bailarines profesionales.

Por las noches solemos ir a «Zambra». Junto al tablado tiene don Antonio reservada la mesa.

—Ahora no quites ojo del escenario que esto es muy serio.

Don Antonio cruza los brazos sobre la mesa. Así como casi siempre he conocido a las mujeres por las manos, he clasificado a los hombres por la manera de cruzar los brazos. Y en esto, don Antonio no tiene par.

Los bailarines le saludan a don Antonio con un gesto. Don Antonio les conoce bien, uno a uno.

¿Ves esta morenita del pelo ensortijado?

—Si la veo, don Antonio.

—¿La ves? Pues está casada con aquel gitano «esmirriao» de la chaquetilla roja.

Don Antonio sigue los bailes con atención. Sabe los cambios y las alternativas, dónde han de sonar los palillos y cuándo ha de entrar la guitarra.

—¿Pero usted también es entendido en flamenco por tradición, don Antonio?

—Nada de eso. La dinastía flamenca empieza y termina en mí. Ningún antepasado mío sabía lo que era una seguidilla y mis hijos rodean cuando oyen palmas con buen son. ¡Es una pena, pero en esto del flamenco estoy completamente solo!

Don Antonio anda con paso acompasado y marcial.

—Ya sabes que mañana vamos a «Puerta Verde», que está en El Escorial. Almorzamos allí, y luego montamos un rato a caballo, para que me veas en mi ambiente.

Don Antonio no está apenas en el hotel. Sale a comer a las tabernas de prestigio.

—Ya sabes que rara vez voy a los restaurantes de categoría. Prefiero ir a *Casa Aroca*, que tiene los mejores lenguados del mundo.

Allí vamos algunas tarde, a *Casa Aroca*, junto a la Puerta de Toledo. Aquél es el ateneo madrileño de don Antonio, delante de una frasca de vino de Valdepeñas, con un grupo de amigos.

—Dígale a don Antonio que le hable de la capa. O de los gitanos, que es un tema del que sabe mucho —dice doña María, que aparece en el comedor con su delantal relimpio.

Don Antonio habla algunas veces de temas españoles.

—De la capa he hablado mucho. Hace unos días, cuando te puse el telegrama para que te vinieses a Salamanca, era para eso, para que estuvieses presente en la conferencia que di sobre la capa.

—¿Y qué decía usted, don Antonio?

—Muchas cosas. Que la capa es la prenda nacional por excelencia. Que la usan todas las clases sociales, los hombres de todas jerarquías. Se sabe que la capa estaba ya en los Tercios de Flandes, la capa de hidalgo de Castilla, la capa del bravucón don Juan Tenorio, la capa de Goya, tendida en la pradera para que la pisaran la duquesa maja y manola; la capa, emblema de las tradiciones españolas.

Habla don Antonio sin titubeos, sin vacilaciones, como hombre que ha estudiado en El Escorial, ha leído mucho y se ha doctorado en la calle.

—Pero ¿cuántos años tiene usted, querido don Antonio?

—Lo supe mientras se impuso la cédula personal. Después, siguiendo la tradición de los árabes, olvidé la edad, sujetándome a que todo hombre ágil y delgado es joven, y los gordos son viejos, aun cuando tengan veinte años.

—Diga usted que si, Don Antonio.

II

Recortada sobre la cartulina azul de cielo, la silueta de don Antonio Pérez Tabernero, vestido de corto, con el chaquetón de vueltas rojas echado al hombro, tiene empaque de castellano viejo.

Estamos en su dehesa de Puerta Verde; frente a la mancha parda y palpitante, con por una piara de toros bravos. Hace sol, un sol de invierno, acariciante y amable. En El Escorial el sol siempre tiene algo que, con los ojos cerrados, nos haría saber que estábamos en El Escorial.

—Todos mis antepasados han sido ganaderos en las primeras generaciones, y después, labradores y ganaderos. Mi origen es puramente trashumante. Cuando parte de España se hizo labradora, también los míos unieron la labor a la ganadería, que ya llevaban siglos cultivando.

—¿Pero siempre han sido ganaderos de toros?

—No. El toro bravo es de antes de ayer. Poco más de dos siglos y medio. Mis antepasados eran, mucho antes, merineros trashumantes.

Habla Pérez Tabernero con conciencia histórica, con un idioma castellano apretado de vocablos antiguos, de viejas expresiones heredadas de sus mayores. No es lo mismo leerse el Covarrubias que ir recibiendo el idioma en palabras contantes y sonantes, junto a una chimenea charra, desde que se nace.

—¿Desde cuando cree usted, don Antonio, que viene la trashumancia de las merinas?

Desde 1162, en que los árabes pasan los primeros moruecos y ovejas merinas por el Estrecho.

Caminamos por la dehesa.

—Acércate bien a mí y no temas nada. Únicamente pueden arrancarse los toros, si vamos separados.

Lejos, la placita de tientas destaca sus muros enjalbegados.

—¿Desde cuándo cree usted que hay ovejas en su casa, don Antonio?

—Creo firmemente que mis antepasados fueron pastores a sueldo de Alfonso X el Sabio. Con ésto queda bien sentado que no presumo de sangre azul.

Hay que saltar un barranco. Don Antonio se asegura bien el chaquetón, que lleva en los botones los hierros de A.P. y Montalvo; echa una manga al pecho y otra a la espalda, las recoge en el costado y salta, poniendo casi horizontales las piernas. Después se me queda mirando sonriente, con los brazos cruzados, aguardando que yo repita la proeza.

Reanudando el camino.

—Don Antonio...

—Dime. Pregúntame lo que quieras.

—¿Qué sabe usted de las ovejas merinas?

—Hasta la llegada de los árabes, la oveja puramente española era conocida por «churra», de lana larga. Después, en las escasas épocas de paz entre cristianos y árabes, la gente de Castilla y de León aprovechaba para mejorar sus rebaños con simiente de merinos. Y a tal extremo llevaron la perfección, que últimamente las ovejas de los castellanos y leoneses eran superiores a las que poseían los árabes.

—¿Pero usted cree?

—¡Claro, hombre, claro! Déjame que continúe, porque más tarde surgió el honrado Concejo de La Mesta, asociación ganadera que aún sigue sin sustitución y que dudo pueda llegar a tenerla. La Mesta acogió a la oveja merina como principal objeto de su existencia y consiguió el auge de los rebaños trashumantes, orgullo de la ganadería española de todas las épocas.

Apoyamos los codos en una balastrada de la placita de tientas. Miramos al suelo, que tiene algo de picadero. La arena negruzca está troquelada de huellas de toro.

Hablamos del origen del toro.

—Mira. El toro bravo, como espectáculo, es indudable que empieza en Creta. El toreo tiene tres fases: caza, lucha y arte. El toro embiste siempre en una zona de España.

Le pregunto a don Antonio que cuál es esa zona.

—Salamanca.

—¿Pero no habrá un poco de regionalismo en eso?

—No. Atestigua mi afirmación el mismo traje charro. No se puede enfundar al hombre en una coraza que no la perforan ni las balas de plomo para sostener un arado o cavar una huerta. Ese cinto del charro sólo puede aceptarse para preservar al hombre en la lucha contra el toro.

Este don Antonio Pérez Tabernero es catedrático en el tema del toro. Se lo digo.

—En esto sigo la norma de los antiguos, que de lo suyo solían saber más que nadie.

Don Antonio se sienta sobre manos. Deja los pies colgantes, en balanceo acompasado.

—Creo que la bravura espontánea se dio también en las islas del Guadalquivir, «donde se fueron los moros que no se quisieron ir». En Navarra, por las proximidades de Tudela, y en una pequeña zona de Colmenar, en Madrid. Lo de Navarra tengo mis dudas si ya los toros embestían antes que los de la Camarga pasaran la frontera, precisamente por Lérida, ruta que da la casualidad que siguieron los gitanos, unos siglos después, para invadir España.

No entiendo un pimiento; pero es lo mismo. La conversación me interesa. Únicamente no comprendo cómo puede haber seres que les importe tanto el origen de los gitanos. Baroja había leído bastantes cosas sobre el tema y su información me pareció acertada. Tenía de ellos un concepto regular.

Volvemos otra vez al tema. Porque Pérez Taberero es un ganadero que está siempre a punto de presentarse a oposiciones y tiene los temas sabidos como nadie.

—¿Qué son los toros de la Camarga?

—La Camarga es una zona francesa próxima a la desembocadura del Ródano. Y en las islas que forma este río hubo siempre toros y caballos salvajes. Los toros embistieron, por su salvajismo o por la fortaleza de los pastos, muy escasos en aquella zona; los caballos aún se conservan en toda su pureza. Precisamente, en ésta zona hay una bella leyenda del desembarque de las Marías de Nazaret, y aún sigue una capilla consagrada a Sara, donde se reúnen los gitanos de todo el mundo, todos los años, en el mes de mayo.

Salimos a la carretera. Vamos hacia el hotel Felipe II.

—¿Qué de recuerdos tiene esta carretera para mí! Por aquí subía yo a principio de curso, hacia el Colegio de Alfonso XII, en un coche de caballo. Venía de la libertad salmantina, donde había pasado unas vacaciones alegres, entre toros, montando a caballo y cortejando chavalas. Aquí, en todo el curso, no había manera de ver una mujer, ni en fotografía. Debía tener diecisiete años.

En el hotel Felipe II está concentrado el Real Madrid. Encontramos a Alfredo Di Stefano, que viene a tomar un café con nosotros a la terraza.

Pérez Taberero y Di Stefano ya eran amigos.

—Ya sé que le llaman a usted la «Saeta Rubia». Ya sé que el Madrid es un equipo estupendo; pero yo nunca he asistido a un partido de fútbol. Para un hombre que ha andado toda su vida entre vacas, el fútbol... ¡Yo quiero verle a usted jugar!... El primer día que vaya a un partido de fútbol será para verle a usted.

Volvemos a Madrid. Por el camino, don Antonio sigue con su tema, mientras va al volante vestido de corto.

—¿Pero cuáles han sido las primeras ganaderías de España?

—Hasta que no surgen los carteles de toros está muy descuidado el origen de las corridas. Se cuenta con muy pocos datos. En Navarra, Andalucía y Salamanca hay ganaderías bravas de tiempo inmemorial, pero la que tiene preferencia para ocupar el primer lugar en los carteles es la de Raso del Portillo, en la provincia de Valladolid.

Madrid. Don Antonio Pérez Tabernero saca un abrigo de la maleta del automóvil, en el garaje del Palace, para entrar en el hotel.

—No me gusta la exhibición. Puede parecer una fantoquería.

Subimos al cuarto. Veo otra vez sobre la mesilla de noche el vaso de cuerno tallado en que bebía vino el «*Cojo de Continos*».

—Mi tío abuelo, el «*Cojo de Continos*», era un tipo fantástico. Heredó el cartel y las tradiciones de Fernando Tabernero Vargas, pero no la buena administración. Aumentó considerablemente su ganadería en una época en que la cría del toro de lidia era un mal negocio. Antes de llegar a la vejez se quedó sin vacas, sin toros y hasta sin cencerros.

Hay que ayudarle a don Antonio a quitarse la botas..

Don Antonio va vistiéndose con parsimonia. Se quita el pañuelo campero del cuello y se anuda la corbata de señorito.

—A tal extremo llegaba la fanfarronería de mi tío abuelo el «*Cojo de Continos*», que entre sus numerosos cabestros tenía uno grandísimo y exclusivamente cuidado para poder soportar, sólo durante una horas, un cencerro gigantesco que aseguran podía contener un cántaro de agua sin llenarse. A los viejos les oí yo decir que este cencerro que el «*Cojo*» ponía al cabestro en el momento de sacar una camada de toros para una plaza, se oía en Continos, residencia del «*Cojo*», desde la dehesa de Linejo, donde tenía los toros de salida.

Le surge el humorismo a don Antonio:

—¡También los antiguos exageraban lo suyo, porque de Linejo a Continos siempre hubo dos leguas de distancia, y mediando once kilómetros, no se hubiera oído ni la campana de la Catedral de Salamanca!

Don Antonio va doblando su traje campero para colocarlo en las perchas.

—El que fue un tipo superior fue Domingo Tabernero Varas, padre del «*Cojo de Continos*», uno de los primeros ganaderos charros que lidiaron toros en Madrid.

Entonces la plaza estaba en la Puerta de Alcalá, a la entrada de la calle de Serrano. Era el año de 1852.

Tal importancia le concedía aquel hombre a lidiar toros en Madrid que no quiso encomendar el traslado de los toros desde la dehesa de Alberguería de la Valmuza, hasta Madrid, a ningún mayoral ni encargado, y vino él personalmente al frente de la expedición, compuesta de seis hombres a caballo, doce cabestros y ocho toros. Con su corrida se presentó, a los diez días de camino, en la mismísima Puerta de Alcalá. Los encerró, descansaron una semana y fueron lidiados y muertos por los espadas Cúchares y José Redondo «El Chiclanero». Volvió, mediante otros diez días, a su finca de Alberguería de la Valmuza, para el jueves siguiente presentarse en el mercado de Ledesma y contarle a sus amigos lo bravos que habían sido sus toros y lo maravilloso que ya entonces era Madrid.

Bajamos al bar del Hotel Palace.

—Tómame una ginebra, hombre. Hay que tomar copas.

—¿Cuándo el toro usa divisa y se anuncia el nombre de su amo?

—El toro empieza a lidiarse por la aristocracia, por los nobles, como rejoneadores auxiliados por unos servidores que unas veces llamaban lacayos y otras veces —y no sé por qué— chulos. La misión de estos servidores era defender al señor en trance de compromiso. De esos lacayos surgieron los primeros lidiadores de a pie y entonces el toreo evolucionó. A los nobles se les pasó la afición a rejonear toros y fueron sustituidos por los picadores. Primeramente usaron la vara larga y el caballo levantado, y mas tarde la garrocha de detener; pero aquella época tenía la suerte de desconocer el peto. El primer tercio era el fundamental de la lidia y donde se apreciaba la bravura de los toros, y por algo los picadores figuraban en los carteles en primerísimo lugar.

Del bar al teléfono. Luego, al «hall», porque don Antonio Pérez Tabernero es hombre de mucha vida social.

Hasta hace muy poco tiempo uno creía que los toros bravos se criaban en las dehesas casi espontáneamente, como crecían las encinas. Uno creía que un día cualquiera llegaba el ganadero, mandaba separar cinco toros y al día siguiente llegaban a la plaza y los toreaba Belmonte. Pero la realidad es muy otra.

—Las ganaderías se forman y no creas que es cosa fácil. Si se dispone de capital suficiente para comprar un lote de machos y hembras a un criador que esté en primera fila, la cosa en principio es facilísima, porque no hay mas que empezar a anunciar las corridas de toros que se hayan incluido en este lote; pero lo difícil luego es sostenerla en el mismo rango y con igual cartel que tenía con su anterior dueño.

Como todo. Lo mismo que en la vida. Está visto que lo mas importante, a la larga, va siendo el saber conservar, el lograr mantenerse en esa cucaña de la vida diaria.

—¿Pero de qué depende sostener un cartel don Antonio?

—De inteligencia en la materia y de saber hacer la selección con juicio y sin que se le vaya a uno el santo al cielo.

—¿Cómo se hacen las selecciones?

—En los tentaderos. En líneas generales y sobre el papel parece que todos los tentaderos son iguales; pero el hecho es que cada vez que una ganadería famosa ha tenido que dividirse por venta o por herencia entre tres o cuatro dueños distintos, a la vuelta de muy pocos años ya no tiene igual cartel. Ni los toros salen acusando las mismas características que cuando estaban en un solo lote antes de la división.

Esto ya es como un viaje a la India, que diría un amigo mío. Salimos a la calle. En el camino nos encontramos con Julio Camba, que va al Círculo de Bellas Artes.

Don Antonio Pérez Tabernero ha mandado preparar el *smoking* para despedir el año como un señor de Salamanca, que entrará en 1958 vestido de señorito.

III

Los primeros años del joven salmantino transcurrieron entre la escuela y los internados.

—Los siete los cumplo en la escuela de don Doroteo Bermejo, maestro de instrucción primaria, del Ateneo Salmantino, por cuya palmeta hemos pasado varias generaciones.

La dinastía de los Tabernero era ya una dinastía con renombre taurino.

—Mi bisabuelo, Domingo Tabernero Varas, había sido ya ganadero; le siguió su hijo, Fernando Tabernero. La dinastía continuó en mi padre, Fernando Pérez Tabernero, y tomó carácter de invasión en nosotros, que éramos cuatro hermanos, anunciando toros a nuestro nombre: Graciliano, Antonio —que soy yo— Argimiro y Alipio. Y lleva camino de no terminarse nunca, si la fiesta no se termina, por que nuestros hijos, los de mis hermanos y los míos, son ya ganaderos de toros, y nuestros nietos, con cuatro y cinco años, se salen por las ventanillas de los coches cada vez que en el camino encuentran un bicho con dos pitones. Atavismo sólo comparable a esos perritos de raza cazadora que empiezan a husmear las perdices casi antes de saber andar.

Faltan dos horas para la entrada del nuevo año. Don Antonio se ha presentado envuelto en su capa parda, que lleva como broches los hierros de A.P.

—Es una capa hecha con la lana de mis merinas, siempre la llevo sobre el *smoking*.

Me cuenta don Antonio que hasta los diez años no salió de la escuela de Bermejo, en Villar de los Álamos.

—Luego cursé el primer año del bachillerato, en el Instituto de Salamanca, y cuando iba a cumplir doce, ingresé interno en El Escorial, donde habría de pasar otros siete cursos entre el colegio de Alfonso XII y la Universidad de María Cristina, para reintegrarme al campo plenamente, acabados de cumplir los diecinueve años.

Las aulas le divertían, pero no le dejaban ver el campo. Para un muchacho de su estirpe, criado a orillas de las dehesas, el campo era una cuestión vital.

A su regreso a Villar de los Álamos, su padre entró en las caballerizas y le asignó un caballo. Era el momento esperado durante tanto tiempo.

—Desde entonces le acompañaba a mi abuelo en sus frecuentes viajes de ida y vuelta a Extremadura, y así se formó mi espíritu, un poco místico por los años de internado con los agustinos, y un poco trashumante a fuerza de andar por las cañadas de Extremadura.

Tenía entonces Antonio Pérez Tabernero diecinueve años. Era alto y arrogante, montaba a caballo con maestría. Sabía mirar y distinguir, a lo lejos, ya cerca de la raya del horizonte, donde la piara de toros bravos se confundía con el polvo del camino.

El padre, el ganadero de Villar de los Álamos, empezaba a dormitar, cerca de la chimenea charra, con un sueño plácido y seguro. Sabía que por sus dos cansados ojos, que se entornaban, permanecían abiertos ocho, jóvenes y despiertos, ojos de grumete de tierra, hijos de su sangre.

Graciliano, Antonio, Argimiro y Alipio empezaban a intervenir en los negocios agrícolas y ganaderos de su padre.

¿Pero qué negocios eran, don Antonio?

—Todos los que abarcan las características de la provincia salmantina: ovejas merinas, una piara de vacas de casta, muchas moruchas y los negocios de ganado de cerda, tanto en la cría como engordarlos en las montañas.

Tenía Antonio Pérez Tabernero veinticinco años cuando falleció su padre. El muchacho miraba al campo, a la lejanía de la dehesa, y se sentía cohibido.

—Me faltaba la palabra de mi padre. Echaba de menos su consejo protector.

Entonces, cada uno de los cuatro hermanos empezó las explotaciones ganaderas y agrícolas, individualmente.

—Ninguno de los cuatro hermanos olvidábamos las normas que habíamos aprendido en la casa de nuestros mayores.

—¿Como empezó usted su labor personal?

—Comprando la ganadería portuguesa de Luis da Gama, que conservaba pura la sangre murubeña. Aún traje yo a Salamanca bastantes vacas con el hierro de la famosa ganadería que hoy pasta en Juan Gómez.

El traslado de la ganadería desde Portugal a tierra salmantina tuvo sus episodios.

—No hacía muchos años que se había proclamando la República en el vecino reino, y al enterarse los vecinos de los pueblos inmediatos que Da Gama, gran monárquico, había vendido su ganadería para España, creyeron que lo hacía con ánimo de reunir dinero para contribuir a la vuelta de la Monarquía. Como en Portugal no hay cañadas, y las conducciones de ganado tienen que hacerse necesariamente por carreteras, y éstas pasan por el centro de los pueblos, se avisaban los vecinos de unos a otros y esperaban el momento de pasar la tropa de ganado. Con chuzos mangados en garrochas, mataban cuatro o cinco vacas en cada pueblo, sin correr el menor peligro, porque las asesinaban desde los portales.

Se pusieron las cosas serias, ordenando detener la expedición.

—Luego de grandes deliberaciones se acordó que la ganadería —ya con muchas bajas— regresase a Ovidos, punto de partida, donde se organizó un tren especial, que a las cuarenta y ocho horas depositó vacas y toros en el Villar de los Álamos sin que ocurriera una nueva baja.

Cuando la ganadería portuguesa llegaba a los campos charros, empezaban a calentar los primeros soles de julio. Era el año de 1911.

—Aquella misma temporada lidié tres corridas de toros en España a mi nombre. Y, la verdad, que entonces no podía yo suponer que en el año cincuenta y siete lidiaría las cuarenta y seis temporadas anunciándose toros a mi nombre, y estar en condiciones —o yo por lo menos así lo creo— de lidiar otros tantos, si Dios no dispone otra cosa.

Tiene don Antonio Pérez Tabernero sus teorías personales como ganadero.

—¿Que te digo que sí!... ¿Mira si no lo sabré yo!... Las ganaderías se conservan mediante una buena selección hecha en los tentaderos. Y en ese punto hay siempre muchas diferencias que a la larga son fundamentales.

—¿Pero qué diferencias?

—Mira. Cada uno empieza a ver las cosas de manera distinta. Si es verdad que los procedimientos son, en principio, iguales, no todos los aplican con el mismo rigor ni están a su alcance algunos de esos detalles, que, al no observarlos, dan lugar a muchas confusiones.

—¿Y usted no puede confesar su sistema don Antonio?

—Sería infantil andar en estas cosas con secretos, que todos conocemos.

Cuando la camada de becerros tiene dos años, manda apartar don Antonio los diez de mejor casta para que los corran, lo que se llama acosar y derribar.

—De la primera selección salen tres o cuatro que me agradan en su bravura y su estilo, y los pongo a grano durante tres o cuatro meses. Una vez que alcanzan los ciento sesenta kilos, los meto en la placita de tientes y los lidio con caballo, capote y muleta. Y si de esos cuatro salen dos a plena satisfacción, me doy por satisfecho.

En ese mismo día, y sin que salgan de la plaza, don Antonio ordena que se les corten los pitones a los cuatro novillos que se han toreado y se envían al matadero los que no le agradaron.

—Los que plenamente me hubieran satisfecho siguen comiendo grano y les pongo en el mes de mayo veinte vacas. Una vez que han cubierto este número de vacas, los echo a la pira de los novillos y no me vuelvo a preocupar de ellos hasta que no tiento los productos tres años después. Y si estos productos responden satisfactoriamente, al padre, que entonces tendrá cinco años y está en la plenitud de la vida, se le considera definitivamente semental y se le echa un lote de cincuenta vacas para que todos los años tenga un promedio de treinta o treinta y cinco crías. Y así ya hasta que, de quince o dieciocho años, muera de viejo.

Le hago a don Antonio una observación:

—¿No cree usted que ese procedimiento tiene que dar un gran porcentaje de consanguinidad?

Don Antonio me mira por encima de sus gafas. Extiende el dedo índice y golpea la mesa con él mientras habla, dando a sus palabras una seguridad sentenciosa.

—Al cabo de medio siglo lidiando toros, cada vez estoy más convencido de que la consanguinidad acentúa las características dominantes, y es de suponer que en una ganadería que se estima como buena, las características que dominan con preferencia están en más proporción de bueno que de malo.

—Todo está controlado. Al tentarse los novillos con tres años se hace la selección y, yo por lo menos y para que ya nunca haya confusión, les corto las dos orejas a las desechadas, y a las que apruebo, las inscribo en el libro de vacas de la ganadería. Allí cada una lleva una hoja y nombre distinto, porque los machos llevan el nombre de la madre; pero las hembras deben llevarlo distinto para que no se confundan las madres con las hijas o con las nietas, aun cuando tengan números distintos. En esa hoja destinada a cada vaca se van anotando los productos. ¡Y si vieras con qué frecuencia dos vacas hijas de una misma madre, y a veces hasta del mismo semental, una da una proporción de toros buenos y la otra, por el contrario, apenas lidia uno regular!...

Va uno asomándose a este mundo insospechado de las ganaderías y de los toros bravos. Va uno valorando la personalidad de este ganadero.

—Y cuando sale un toro manso, don Antonio, ¿Qué hace usted?

—Poner ya a la madre en entredicho, y si se repite la broma, matarla, aun cuando tenga muy buena nota.

Estamos todavía en el bar del Palace. Empieza a llegar gente con exceso.

—Espérate, que os acompaño hasta la esquina.

En el mínimo espacio, algo así como en un metro cuadrado de terreno, en medio de una muralla circular de mesas y silla, don Antonio Pérez Tabernero se envuelve en la capa, echándole mucho temperamento a la cosa. Al llegar a la calle se coloca su gorra de visera a cuadros. La gente se le queda mirando.

—Esto de la capa parece que se acaba. Es una lástima. La capa va siendo ya una prenda de guardarropía.

Seguimos en la brecha.

—Tú me preguntas. Ya sabes que yo te contesto.

—¿Y que tanto por ciento de vacas desecha usted?

—Aproximadamente, el setenta por ciento. Y a veces más, por que como no tengo terrenos para aumentar la ganadería, tengo que sujetarme al mismo número de vacas de vientre, desde hace más de treinta años.

—¿Y qué hace usted con los novillos de desecho?

—Matarlos, hombre, matarlos. Los mato en la misma primavera del año que se han tentado.

—¿Pero don Antonio, no será esto un poco exagerado? ¿No vende novillos de desecho a otros ganaderos?

—Jamás he vendido ninguno, Y no por virtud, y no por entenderlo mal negocio, porque a fuerza de vender novillos se va aumentando el número de ganaderías, y de poco más de ciento que había inscritas en la Unión de Criadores de Toros de Lidia, ya somos cerca de trescientos los inscritos en el Sindicato; pero nunca las ganaderías hechas de desecho podrán competir con las ganaderías formadas por selección.

Este es el ganadero que ha estudiado en las aulas de El Escorial y que se ha doctorado en los campos charros y en la Plaza Mayor de Salamanca.

Amo la tradición. Todos mis criados siguen cobrando la mayor parte del sueldo en excusas (o sea vacas, ovejas y cerdos, que andan libres de pastos con los del amo), y sigo pasándole a cada uno doce fanegas de trigo anuales, para evitar que venga otro año trágico con el del hambre, hace poco mas de dos siglos, en que los labradores guardaron para si las escasas cosechas, y muchos ganaderos, pastores y vaqueros se vieron privados del pan durante doce meses.

Habla don Antonio como los antiguos: «Ya será para San Miguel», «Hasta San Antón no hay nada que hacer». «Para San Juan hablaremos»...

Se afila la noche. Empuja el año 58 a las puertas.

—Don Antonio, que nos vemos mañana.

Y don Antonio se aleja con su silueta alargada, como un personaje de Galdós, en la madrugada de este Madrid eterno, frívolo y entrañable.

IV

La noche se había cerrado en agua, y el ganadero salió con su gabardina ciudadana, un pañuelo al cuello y el sombrero casi corbobés.

—Vamos a Casa Ciriaco.

Dejamos a la espalda el Madrid del hormigón y entramos en los madriles de la calle Mayor.

En el comedor de Casa Ciriaco están Juan Cristóbal y Antonio Berdegué.

—Aquí le tienes a Berdegué, que es el aficionado que más sabe de toros. El año veintidos organizó el primer banquete que me han dado en mi vida.

Después de la comida se forma tertulia.

—Que te diga don Antonio si yo no he sido mejor torero que escultor. Que te diga si yo no he toreado a «Azulejo», que fue el becerro más bravo que ha habido en España —me dice Juan Cristóbal.

Don Antonio está ejerciendo en ese momento su cátedra del humorismo ibérico. Don Antonio habla de flamenco y de la jalea real del mago de Colmenarejo.

Don Antonio se refiere a su dehesa de San Fernando, en Salamanca.

—Mañana viene mi hijo Antonio. Te podías ir con él unos días a San Fernando. Ya nos dirá cómo está el paso por el puerto. De todas formas, yo te voy a explicar un poco cómo es la casa. Si te parece, simulas que has estado allí. Luego vas. Así ganas tiempo.

No lo creo conveniente. Nunca he sabido escribir sobre cosas que no había visto antes. Me hubiese parecido una simulación.

—¡Pero, hombre, si esto lo ha hecho Galdós con los «Episodios Nacionales»!

Lo sé. También lo han hecho otros escritores. Pero cada cual es dueño de hacer lo que le guste.

Iré a San Fernando, y luego escribiré sobre San Fernando.

—Bueno, bueno; si yo te lo decía por si te iba bien...

Prefiero que me explique, mientras voy y no voy, cómo hace usted el viaje y cómo es San Fernando.

—El viaje lo hago en automóvil. Almuerzo siempre en el hotel Lucía, de San Rafael. Llano por las grandes rectas de Peñaranda y piso Salamanca a las tres de la tarde. Luego, treinta kilómetros de magníficas tierras de labor, rumbo a la frontera portuguesa.

Calzada de Don Diego. Quejigal. Robliza. Tres pueblecitos que componen la zona que los labradores llaman la Armuña Chica.

En seguida aparece una llanura con aires de marisma de Andalucía. Y al fondo, San Fernando.

Le digo a don Antonio que me haga una descripción de la casa.

—Es una casa labradora, con un jardín amplio. Allí tengo potreros para los caballos en doma y unos gallos de pelea, en amplios jaulones.

Me habla don Antonio de las cabezas de toros disecadas que conserva en San Fernando.

—Tengo la cabeza del toro «Barbero», lidiado el año 22 en la plaza de Madrid, que fue el primer triunfo resonante y el primer homenaje de la afición madrileña. Está colgada también otra cabeza de toro, fina y con las características de los toros buenos de A.P., a la que le faltan las dos orejas, que le fueron concedidas a mi hijo Juan Mari, el día de su alternativa, en Salamanca.

Hay que atreverse a preguntar a don Antonio por la cocina de San Fernando, de la cual tanto hablan siempre los aficionados taurinos. Parece ser que en esta cocina se ha fraguado mucha de la política relacionada con la fiesta nacional desde hacer algunos años.

—Pero ¿es verdad, don Antonio?

—¿Y a ti quién te lo ha dicho, hombre? ¡No lo creas! Son habladurías de la gente. En esta cocina se habla constantemente de toros. Eso es cierto. En las tertulias de esta cocina de San Fernando pocas veces faltan buenos aficionados, y cada uno da sus opiniones más o menos acertadas y más o menos valerosas; pero que jamás salen de los límites de esta habitación. Como a mí me gusta que respeten mis opiniones taurinas, yo empiezo por respetar las de todo el mundo, aun cuando algunas me parezcan absurdas.

¿Cómo es la decoración de la casa de San Fernando.

—Pues mira, tengo retratos de toreros, fotografías de faenas de campo, tentaderos por acoso, herraderos y tientas en la placita de San Fernando. También tengo un retrato en el que aparezco yo en medio de Joselito y de Jack Johnson, que, como tú sabes, fue campeón mundial de boxeo durante diez años. También tengo otro retrato en el que aparezco yo simulando un combate de boxeo con Johnson. Como verás, el humorismo no ha faltado nunca en mi casa.

Se refiere don Antonio a la cabeza disecada de «El Gavioto», otro de sus triunfos en la plaza madrileña, en 1925.

—Cuando vayas a San Fernando, lo que más te impresionará seguramente, será la cabeza de un toro colorado, con descomunales pitones, capaces de infundir respeto al más templado de los lidiadores.

Me recomienda don Antonio que en esa ocasión me aproximé al toro colorado para leer la inscripción de la placa.

Pero usted, querido don Antonio, que tiene una memoria prodigiosa, puede recitar el texto.

—¿Ya lo creo que sí! Dice: «Humoso», de A.P., tuvo la suerte de lidiarse en Madrid en un momento de transición de la fiesta y cumplió con su deber defendiendo la vida hasta el último momento. Su amo, barruntado la vuelta del serrucho, cortó esta cabeza aún sin profanar».

Era el momento en que don Antonio Pérez Tabernero se opuso enérgicamente a que se afeitasen los toros.

— Lo mató lucidamente, Pimentel. Debió ser el año 53.

Le digo a don Antonio que me hable de los libros de su ganadería.

—Puesto que usted dice que no tiene ningún secreto...

— Efectivamente, Yo no tengo ningún secreto. Pero déjame que te hable primero de un tema mas importante, como lo es el de las supuestas ganancias que público y periodistas atribuyen a los ganaderos.

— ¡No ira usted a decir que es mal negocio el de las ganaderías!

— Hasta hace quince años, malísimo. Y desde esa fecha hasta la temporada pasada, sólo aceptable. Si me apuras, medianamente aceptable.

— ¡Pero, don Antonio, con el precio que ha alcanzado una corrida de toros;

— Si en una ganadería brava se lidiasen todos los toros que se mantienen sería un gran negocio; pero en realidad por cada toro que se lidia hace falta mantener nueve.

— ¡Bueno, bueno, Don Antonio!

— Escucha. ¡Si yo no bromeo! Mira, hace falta tener: la vaca que ha tenido el toro, la que se ha quedado machorra, la añoja, la erala y la utrera, que todavía no crían. Y luego, el añojo, el eral, el utrero y el toro, mas la parada de cabestros, que come y no da ningún producto que vaya directamente a las arcas de la ganadería. Porque el cabestro cumple únicamente con su obligación de encerrar a los toros.

—Bueno don Antonio, vamos a echar cuentas...

—Si, si. Ya te digo que yo no tengo secretos. Sólo de pastos, ponle dos mil pesetas anuales a cada bicho. El último año del toro no bajará de diez mil pesetas. Hay que tener en cuenta las bajas que se producen desde que nacen hasta que se lidian. Muchos se mueren y otros se inutilizan, ya sea por quedarse mogones o por roturas de patas o simplemente por un pajazo en un ojo, y que ya no se puede destinar más que para una novillada económica, puesto que para las novilladas con picadores apenas admiten un novillo tuerto.

—Pero no todos los novillos se meten una paja en un ojo, ni todos se rompen una pata...

—Bueno, bueno: pero es que todavía no acabé de sumarle dos dependientes de sueldo caro por cada centenar de cabezas. Sigue agregando la manutención de dos caballos por esos cien bichos. Y una cantidad de gastos en concepto de tentaderos, herraderos e imprevistos, que cuando llega la liquidación el 11 de noviembre, fecha que los ganaderos tiene costumbre de cerrar los libros de la ganadería, se encuentran con un interés modestísimo, el mismo que hubieran podido conseguir con otro negocio cualquiera, menos arriesgado.

Me sonrío por buscarle las vueltas a don Antonio, que está muy concentrado echando las cuentas.

—¡No te rías, hombre, no lo tomes a broma! Para confirmar la certeza de todo cuando te voy diciendo, basta con recordar la cantidad de ganaderos de toros que han dejado su fortuna en aras de esta afición, que la mayoría de las veces, es como un rito y como una devoción. ¡Vamos que aunque es inaguantable, hay que seguir!

Los ganaderos tiene fama de ricos. La fama, a veces, son mitos tremendos en todos los ordenes de la vida.

—¿Por qué tienen fama de ricos los ganaderos, don Antonio?

—Porque la ganadería constituye una riqueza ostentosa y espectacular. Compara estos dos casos.

Don Antonio pone actitud de narrador. A pocas personas he conocido yo que tengan mas facultades.

—Una tertulia de hombres ve pasar a un señor. En la tertulia hay uno que le conoce y les explica a los demás: «¿Veis ese señor que pasa ahora por aquella acera? Es un banquero. A lo mejor lleva en el bolsillo un cheque por valor de tres o cuatro millones de pesetas» Los del corro apenas hacen caso del señor de los millones y, a lo sumo, alguno comenta: «Bueno. ¿y a mí qué me importa? ¡Mientras yo tenga cincuenta duros para poder ir a cenar me tiene sin cuidado el banquero!» El reverso de la medalla.

Don Antonio se aprieta el nudo del pañuelo y luego se cruza de brazos.

—La misma partida de compadres ha salido a disfrutar de una buena tarde y, tomando el sol, se alejan tres kilómetros de la ciudad. Por donde pasean pasa la cañada y empiezan a ver una mancha negra envuelta en una nube de polvo: ¿Que será aquello? Y a medida que se les va aproximando, aprecian que es una ganadería que va de paso. Se acerca a uno de los vaqueros y le preguntan: «¿Cuántas vacas llevan ustedes?» Y el vaquero le dice que trescientas. Entonces el que pregunta se queda muy asustado y dice: «¡Pero todas no serán del mismo dueño!» Al enterarse que sí, que todas son de don Fulano de tal, el mismo que despreciaba los millones de la cartera del banquero, se vuelve a los cofrades y comenta, indignado: «¿Veis que injusticia?» ¡Trescientas vacas de un solo hombre y entre nosotros diez, ni una ternera! ¡Esto de las vacas está muy mal repartido!»

Son cerca de las dos de la madrugada. Han empezado a apagar las luces en el hall del Palace.

—Le dejaremos este sector encendido a don Antonio—dicen los camareros.

Don Antonio tiene prestigio de conversador. Los camareros le escuchan a prudente distancia.

—¿Que vida hace usted en San Fernando?

—Me levanto a la hora que sale el sol. No es que quiera decir que me levanto a la salida del sol, pero que depende del tamaño de los días el que madrugue más o menos. Tardo en arreglarme. Soy hombre minucioso en mi aseo personal y bajo a la galería, donde desayuno. El caballo esta amarrado a la puerta del jardín y ya me tienes dispuesto a emprender la tarea.

—¿Y qué tarea tiene usted?

—Pues verás: con más frecuencia salgo para el Villar, que es la tierra que me vio nacer y a la que mas cariño tengo, En Villar está la camada de toros que se va a lidiar durante ocho meses. Allí me paso la mañana viéndolos uno a uno y vigilando si han concluido bien el pienso, si hay algún toro herido y cómo se van igualando las corridas con arreglo a las plazas en que se van a lidiar.

Uno creía que todas las plazas eran iguales y que se criaban los toros por las buenas. Pero don Antonio, al oírnos, pone cara de asombro.

—¿No hombre, por Dios! Hay siete plazas de máxima categoría, que exigen un peso mayor. Estas plazas son: Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, San Sebastián, Bilbao y Zaragoza. Después de este primer grupo van en segunda categoría todas las capitales de provincia y bastantes pueblos importantes, y por último, en tercera clase, va el resto de las plazas españolas.

Las tardes de San Fernando empiezan a las tres para don Antonio Pérez Tabernero. Son tardes de paseos a pie para ver las ovejas que se están ahijando en la ribera.

—Si es en el verano, me llego a un pequeño regadío de alfalfa.

Al oscurecer llega don Antonio a San Fernando con polvo en los botos campeos y se sienta a esperar la hora de la cena, junto a la chimenea charra, leyendo libros de cultura oriental.

—La administración la llevan mis hijos.

—¿Pero le ayudan mucho sus hijos?

—¡Hombre, claro!... Si no fuera por ellos yo no podría traer el volumen de campo que tengo, que tiene el grave inconveniente de estar repartido en tres provincias y que exige una vigilancia y una contabilidad muy minuciosas.

—¿Tienen sus hijos tanta afición al campo como usted tiene?

—Afición como yo, creo que no ha tenido nadie; pero, en cambio, tienen más capacidad.

Se va don Antonio a dormir, lleva la llave de la habitación en la mano y los diarios de la noche. Camina con la parsimonia del hombre del campo, sin prisas ni atropellos, como quien está acostumbrado a andar leguas.

V

De niño, acababa de cumplir seis años, su padre le lleva, en San Sebastián, a una corrida de toros. Al siglo XIX le quedaban todavía los flecos.

—No alcancé a Frascuelo, pero sí vi dos corridas de toros a Lagartijo y Cara Ancha. Tampoco tuve la suerte de ver al Espartero.

El siglo termina con la retirada de Guerrita y, a continuación, de Mazzantini.

Fuentes, Bombita, Reverte y El Algabefío, con Guerrita y Mazzantini, eran entonces las figuras del toreo que más se cotizaban.

Mucho tiempo después, sentado en los pupitres de aquel internado de Agustinos, en El Escorial, el joven Antonio Pérez Tabernero intentaría dibujar en los márgenes de sus cuadernos, los perfiles de Lagartijo y Cara Ancha como los habían visto sus ojos de niño.

En la dehesa de Villar de los Álamos, el pequeño Antonio oía hablar a su padre de Saltillo y Murube, de Veragua y Miura.

—Al principio, para mí todos eran iguales. Luego supe distinguir a los dos primeros como criadores de toros fáciles, bonitos y de buena raza. Veragua y Miura

criaban toros más corpulentos y con más poder. Los cuatro eran muy buenos ganaderos, pero yo siempre he creído que don Eduardo Miura ha sido el mejor criador de toros de todas las épocas.

Aparece en los ruedos la pareja Bombita y Machaquito, que llevaban el mando del toreo.

—Hasta que surgen Joselito y Juan Belmonte. Lo mismo que una esponja pasa por un encerado, barrieron todo lo que de importancia había hasta aquella fecha. Hasta la muerte de Joselito, el año veinte, ningún empresario intenta planear sus combinaciones sin antes consultarlas con esta pareja.

—¿Pero tanto exigían?

—Sí, valían mucho, pero exigían mucho. También exigió Guerrita. La independencia de la fiesta acabó con Frascuelo y Lagartijo.

Estamos en El Abra, donde suelo ir algunas mañanas con don Antonio Pérez Taberneo a una tertulia taurina. Allí le vi a don Antonio por primera vez de cerca, junto a Juan Belmonte. Estaban Domingo Ortega, que nos presentó, Gregorio Corrochano, Antonio Márquez y alguno más que ahora no me llega a la memoria.

—¿A qué toreros admiró usted, don Antonio?

—Como torero largo, a Joselito; como torero intenso, a Belmonte.

—¿Pero después es que no hubo toreros de esa talla?

—¡Ya lo creo! Ortega y Manolete, uno como lidiador y otro como torero de arte, eran perfectos. Y, por último, no creo que nadie conociese el toreo más a la perfección que Luis Miguel Dominguín, que además de sabio y dominador de todas las suertes, tiene un valor poco corriente.

A Joselito le conoció don Antonio en Villar de los Álamos.

—Era muy espigado y no tenía ninguna de las cualidades gitanas que tanto dominaban en su casa. José, sobre todas las cosas, era una buenísima persona. Mis hermanos y yo éramos muy amigos de Rafael el Gallo, su hermano mayor. Un día, José fue a torear una novillada con picadores a la plaza de Salamanca, y con ese motivo se acercó a San Fernando para saludarnos. De allí arrancó una buena amistad que había de durar hasta su muerte.

Hablamos de dinero. Con gran diferencia de edades coincidimos en muchas teorías. Hablamos también del dinero que se gana con los toros.

—Entonces, cuando toreaba José, los toreros cobraban muy poco dinero. Apenas aumentaron mil pesetas él y Julián Belmonte sobre lo que venían cobrando Bombita y Machaquito.

Recorre nuevamente don Antonio, al recuerdo de sus años jóvenes.

—Los toros que se lidiaban aquella tarde, que llevó mi padre a la plaza de San Sebastián, eran de nuestra casa.

—¿Y que impresión le causaron a usted, don Antonio?

—Chico, muy desagradable, porque salieron malos y jamás había visto a mi padre tan disgustado. Estábamos en un palco de don José Arana, el empresario de la plaza, y mi padre no decía más que esta frase con medidos intervalos: ¡Ojalá que hubieran muerto estos seis becerros y me hubieran ahorrado este disgusto!

Desde aquella primera corrida de toros que presenciaba don Antonio Pérez Tabernero hasta aquella otra que se lidió en Madrid el año 13, con los primeros toros a su nombre, habían de ocurrir muchas cosas.

—Yo era un inconsciente. Veía siempre las corridas desde la barrera, hasta que un día, en San Sebastián, cogí el tren para ir a Tudela a ver lidiar seis toros de A.P. El empresario, don Manuel Acedo, era íntimo amigo mío y usaba mucho el sombrero ancho, y como la corrida estaba muy bien presentada, con arreglo a la categoría de la plaza, no hacía más que dejarse ver con su sombrero ancho y su puro.

Al primer toro lo foguearon. El público se volvió contra el empresario.

—Le dijeron al empresario una serie de cosas serias, y en lo que lidiaban el segundo toro, sin que nadie se diese cuenta, el empresario fue a la fonda, dejó el sombrero ancho y apareció en la plaza con una boinita, que ya nadie lo conocía. Ya parecía que la corrida marchaba por cauces normales cuando salió el quinto toro, que era manso de solemnidad, hasta el extremo de que huía de los capotes.

Saltaron las barreras los mozos navarros. Fueron a los callejones a por las banderillas de fuego.

—Aquellos hombres tan festivos cogieron las banderillas de fuego, y unas a la media vuelta y otras cuando el toro pasaba por la barrera, se las pusieron todas a aquel desgraciado bicho. Yo creo que si nos encuentran a Manuel Acero y a mí, también nos hubieran puesto alguna. Discretamente cogí el camino de la estación, ocultándome todo lo que pude, en el primer coche que encontré, donde permanecí, casi como un maletilla asustado, hasta que el tren arrancó para San Sebastián. Desde entonces me da tanto miedo, que veo lidiar los menos toros posibles de mi ganadería.

Desde los veinticinco años, don Antonio pasaba la mayor parte del tiempo en el Villar de los Álamos, con sus padres. Una o dos veces por semana se acercaba a Salamanca para charlar un rato de toros en un café. Eran costumbres de la época.

—No dejes de decir que también por aquel tiempo practicaba esa manía de darle conversación a las mujeres guapas, que yo confío que algún día me desaparecerá.

Viajes a Extremadura, a caballo, en los que empleaba corrientemente una semana. Y después, desde que se vencía la recolección de los cereales, hasta el 8 de septiembre, en que había que estar en Salamanca para ver los toros en Prado Panaderos, la familia Pérez Tabernero veraneaba en San Sebastián.

—¿Tú no has oído hablar del Prado Panaderos?

—Yo, no.

—Pues era precioso. Allí caían, en ese día, las corridas que se habían de lidiar en la feria desde el 11 al 13 de septiembre. Salamanca, en ese día, se despoblaba. En caballos, coches o a pie —la distancia sólo son tres kilómetros—todo el mundo se presentaba en el Prado Panaderos para apreciar el trapío y la romana, como ellos decían, tanto de los toros de la tierra, como de las corridas que solían ir de Colmenareños o de Veragua.

Después, en la noche de la víspera de corrida, los mozos de Salamanca se montaban a caballo al salir del teatro—en Salamanca entonces sólo había teatro en

ferias—, y cogían la corrida de toros con la parada de cabestros y la llevaban a los corrales de la plaza. Era un mundo de novela de Pérez Luján. Un mundo pintoresco, un mundo de zarzuela, un mundo amable de miseria y de pintoresquismo. Ese mundo que ahora quieren poner de moda los directores cinematográficos.

—Cuando coincidían en que eran noches de luna, la cosa era más llevadera; pero en las noches oscuras sigo sin explicarme cómo no ocurría una desgracia en cada corrida que encerrábamos. Bueno; sigo sin explicármelo a medias.

—¿Pero cómo a medias, don Antonio?

—¡Hombre, yo no sé si debo decirlo! Pero tengo el convencimiento pleno de que los toros aquellos embestían la mitad que los de ahora, y quede claro que yo no presumo de estar entre los primeros ganaderos.

Habla don Antonio de los ganaderos de su familia, de Graciliano, de Argimiro y de Alipio.

—Para mí, Graciliano, y ahora sus hijos, han criado los toros más bravos que yo he visto lidiar. Actualmente tienen una ganadería muy corta, pero tan brava, que si de verdad hubiera afición a conservar la pureza de la sangre, venderían todos sus productos para sementales. Argimiro y Alipio ¡Vaya unos nombrecitos! también han sido unos buenos ganaderos. Y yo, como no podía llegar a ellos, me refugié en el número.

—¿A qué ganadero de su época ha admirado usted?

—En Salamanca hay muy buenos ganaderos, pero creo difícil superar la memoria de Paco Cotilla.

Entra Juan Belmonte en el café. Belmonte ha venido a Madrid a esperar la llegada al mundo de dos de sus nietas en los primeros días de enero.

Belmonte y Pérez Tabernero hablan de novias; pero don Antonio se impone y toma la palabra:

—En mi época, en Salamanca, ni casi se podía tener novia. Nos limitábamos a ver pasear a las chicas en la Plaza Mayor. Ellas, por la vuelta de las mujeres, y nosotros, por la de los hombres. Nadie se hubiera atrevido entonces a aproximarse a una chica yendo con su madre. Y como nunca iban solas, se nos pasaban los meses amándolas en silencio. Con todo, yo recuerdo con agrado aquella época romántica y aquel pasear por delante de la casa de la mujer que uno quería, por si algún día teníamos la suerte de que por casualidad moviese un poco los visillos de la ventana y viéramos su cara a través de los cristales.

Estas escenas, de novela de don Armando Palacio Valdés, me producen risa sin poder evitarlo. Sin duda, porque en nuestra época vivimos una realidad que tenía que ocurrir como contraste.

—Aquello era más bonito; pero yo encuentro más práctico lo que hacéis ahora llevándolas a esquiar a la Sierra. Y conste que no creo que las muchachas de mi tiempo fueran mejores que éstas, ni que éstas sean mejores que aquéllas, sino que eran cosas de costumbres españolas.

—Don Antonio, pero ¿y cómo llegaban ustedes a tener novia?

—Los demás, no sé, Lo mío fue un poco más fácil, porque me casé con una mujer de mi familia. Eramos primos carnales.

Hablamos del doctor Marañón, a quien yo acababa de visitar aquella mañana.

—Tú ya sabes que yo, posiblemente de montar a caballo, tenía dos úlceras de estómago y estaba muy malo. Le fui a ver a don Gregorio, y cuando me dijo que tenía que operarme, le pregunte:

—«¿Podré montar a caballo después, don Gregorio?» Y el doctor Marañón me contestó: «Podrá usted domar potros, Tabernero.» Ni una palabra más. Me operaron en Salamanca y quedé colosal, como puedes ver.

Me cuenta don Antonio cómo los torerillos de Salamanca y los gitanos rodeaban la clínica en la que él estaba con el estómago cosido.

—Cuando salían algunas personas de mi familia o algún médico, los gitanos se acercaban tímidamente, con la gorrita en la mano, y les preguntaban: «Dígame, por favor, ¿ha «parmao» ya don Antonio?».

A los veinticinco días de la operación llegaba don Antonio a su dehesa de San Fernando.

—Pasado el susto y la gravedad, el haberme operado me ha dado muchas satisfacciones. Allí, en San Fernando, se presentaron los pastores, los vaqueros y los mozos de la labor que están en las dehesas mas inmediatas. Ellos tan respetuosos siempre, preguntaron a mis hijos: «¿De verdad ha venido el amo?» Y cuando les dijeron que sí, sin titubear un momento dijeron: «¿Queremos verlo». Y uno a uno me fueron estrechando la mano y volvieron a sus casetas y a sus chozos, satisfechos de que efectivamente el amo vivía.

Mas tarde empezaron las peregrinaciones de mujeres, que llegaban de los pueblos inmediatos.

—Todas traían un pañuelo negro que les cubría la cabeza y ninguna llegaba sin un regalo, sin un presente, para contribuir a que don Antonio se repusiera. Unas llevaban gallinas, otras pavos, algunas una docena de huevos y otras, más modestas, hasta una pequeña lata de mermelada. Esta añoranza patriarcal me emocionó profundamente.

Bajamos Alcalá abajo. Don Antonio lleva un abrigo claro y unos guantes en la mano.

—Estoy soñando con San Fernando. Madrid está muy agradable, pero no puedo remediarlo: soy un campero.

Pasan los autobuses. Sopla un vientecillo que monda. Belmonte y Ortega entran en un automóvil.

—Te espero en el Palace, por la tarde.

VI

Ha llegado el momento de recoger el hilo a la cometa, y el cronista hace examen de conciencia profesional preguntándose: «¿Ha quedado definido el persona-

je? ¿He dicho lo que quería decir, o me limité a transcribir lo que el ganadero quiso que dijera? ¿De quién es la preferencia para opinar? ¿Hasta dónde uno debe ser taquígrafo y hasta cuándo puede considerarse que el entrevistado es protagonista?».

No todos los personajes requieren la misma técnica. En cada uno se plantea un problema diferente, porque hay figuras de gran renombre, con una importante labor profesional rica en éxitos, pero que, sin embargo, carecen de biografía. Los grandes trabajadores no han tenido tiempo para vivir que les correspondía como hombres.

Por el contrario los seres que han tenido una vida intensa de aventura, cuando la juventud les cantaba en los oídos al llegar a la madurez se vuelven reservones y prevenidos, y se llenan de prejuicios sociales, y ponen el grito en el cielo cuando les recordamos los momentos estrechos y empinados que precedieron a su fama.

Unos son comunicativos; otros, parcos. Aquéllos aprovechan para citar a sus amigos o colaboradores; éstos se fatigan por el esfuerzo, nuevo para ellos, de ponerle comentarios y música a su vida, y le dicen a uno que invente lo que le parezca. Las que salieron ligeritas de ropa, hablan constantemente de su filantropía y de su devoción a los santos; los que fueron impulsivos y apasionados, en la vejez esgrimen razones o sinrazones juveniles.

El éxito y el dinero, les endurecen la epidermis hasta ir convirtiéndolos en viejos galápagos con caparazones de concha, a los que no hay manera de meterles el diente.

—No diga eso; viven los hijos de este señor.

Algunos nadan y quieren que les guardemos la ropa.

—Los lectores irán al periódico a buscar mi nombre artístico y mi vida artística. Lo que ha sido antes, ¿qué puede importar a nadie?

A veces los inconvenientes son más abundantes que las ventajas.

—Mándeme usted un cuestionario.

O, en algunos casos:

—Dispongo de media hora.

Hay que explicar que para lo que uno quiere hacer no sirven los cuestionarios enviados a vuelta de correo y que con media hora no vale la pena ni para entrar en diálogo.

Lo que cualquier reportero francés escribiría tomándose seis meses de estudios previos, de pensar en una misma cosa, en España, lo repentizamos.

A veces uno piensa que el repentizar el fuego de nuestros cañones nos ha dado victorias, que la premeditación deja espacios suficientes para entrar al asalto entre una y otra ráfaga.

El cronista se confía al milagro de cada día. Y no le pesa. A veces tiene que aguantar mecha y escuchar una serie de relatos que luego, a la hora de escribir, no sirven para nada.

Al cronista le gusta hilar el matiz, para lo cual necesita que el personaje esté en su clima. Y esto no es fácil, porque los personajes no se dejan sorprender donde uno

quisiera, sino en el hall de un hotel donde son transeúntes. Un personaje a quien se le va a ver al hall de un hotel, sentado en una butaca, pierde la mitad de su lienzo de fondo, porque está en un clima artificial.

Muchos no tienen capacidad de narradores. No saben entrar en el recuerdo por la puertecita pequeña de la nostalgia.

—¿Pero cómo recuerda usted a su padre?

—Eso, mi padre. Un hombre que trabajaba mucho.

Pero no se les ocurre decir que le recuerdan sentado en una butaca, con unos pantalones de pana rayada y una camisa a cuadros.

Las actrices, generalmente, fuera de los escenarios y de los estudios cinematográficos, suelen ser bastante torpes. Algunos toreros, lo mismo.

Me presentaron a Rafael «el Gallo», con intención de incluirle en esta «Pequeña historia de grandes personajes», y no necesité más que entrar en un cortísimo diálogo para darme cuenta de que no había nada que sacarle.

—¿Y usted qué recuerda, Rafael?

—Hombre, pues eso, que toreé muchos toros.

—¿Y qué más Rafael?

—¡Hombre, pues no lo sé! ¡Nada!... ¡Que todo era «mu» bueno...

Luego resultó que Rafael «el Gallo», con *Azorín* y Foxá, el personaje a que más partido logré sacar en aquellas conversaciones seriadas.

En este caso concreto de Antonio Pérez Tabernero, las cosas han venido rodadas por otros caminos. Porque antes que ganadero, don Antonio fue universitario. Conocidas son ya sus dotes de orador, su señorío, su buena raza castellana y su cultura.

Pero el cronista le vio parcialmente como viajero de la habitación 333 del Hotel Palace, y no pudo observarle en su vida normal del campo.

En España, las cosas van siempre así. A veces hay que suplir con la imaginación o con el oficio lo que, hecho como Dios manda, iba a costar cuarenta duros.

Estamos en esta tarde de invierno en el referido hall del Palace, y antes de recoger el hilo de la cometa ensayamos a cortar vientos contrarios.

—¿Ha sacado usted algún torero don Antonio?

—En eso soy un desastre. Todos los aficionados que me han parecido que iban a ser buenos se han ido quedando en la estacada. Sólo acerté en Domingo Ortega; pero a Ortega le conocí ya de novillero con categoría.

—Dicen que ayuda usted mucho a los aficionados.

—Todo lo que puedo, porque los veo pasar una vida malísima. Y raro es el día, se puede decir que ninguno —desde noviembre que empiezan a llegar, hasta marzo o abril que emigran— que no se sienten tres o cuatro en San Fernando a la hora de comer. Después ocurre que los ganaderos no tenemos novillos para todos, porque los aficionados son una nube. Por otra parte es lógico que las figuras del toreo se entrenen para empezar la temporada. Hay muchos aficionados que se volverían a sus casas sin dar un capotazo y sin saber si tenían valor para estar frente a una vaca.

Para evitar esto, encierro durante dos días seguidos veinte vacas cada día, los divido en turnos a los aficionados y todos torear, por lo menos, esas dos fechas.

No se ha escrito aún una novela ni un guión cinematográfico que merezca la pena sobre este tema de la vida y aventuras de los maletillas.

—¿No ha tenido usted algún disgusto trágico en las tientas?

—No; me ha acompañado hasta ahora la suerte. Apenas ha habido algún que otro golpe o algún puntazo, pero siempre sin importancia.

Se plantea en la conversación el tema de Andalucía y Salamanca.

—Tengo que decirte que hubo una época, a mediados del siglo pasado, en que el 90 por 100 del ganado lanar salmantino era merino trashumante. Y hasta tal punto ocurría así, que no tenía categoría de ganadero quien no fuera dueño, por lo menos, de un rebaño de mil merinas. Ten en cuenta que en la época a que me refiero los ganaderos salmantinos apenas eran propietarios, y para pagar las rentas de las dehesas y sostener su casa, se dedicaban a la cría de ganado lanar y a las vacas moruchas, que era lo de más seguro rendimiento.

—Le llaman a don Antonio al teléfono.

—Aguárdame, que vuelvo ahora.

Viene casi corriendo.

—El hilo ¿sabes? Se le pierde a uno el hilo, y después... ¿En qué iba? ¡Ah, sí, ya sé! Las propiedades estaban en su mayoría en poder de la nobleza, sin bien es verdad que ésta tenía toda clase de consideraciones con sus renteros, así como los renteros tenían la seguridad de que nunca saldrían de aquellas dehesas, que consideraban ya como suyas.

Pasa por el «hall» Luis Mariano, del brazo de su madre.

—Fíjate hasta qué extremo es cierto lo que te dije, que yo me acuerdo, siendo un niño, salir con las vacas de mi padre, desde Arevalillo a Sageras, sin pisar tierra más que de un solo propietario. Y la jornada no te vayas a creer que era corta: siete leguas. Para demostrarte la seguridad que los ganaderos tenían de no ser lanzados de las dehesas que disfrutaban, te diré que en mi casa hubo algunas del Duque de Vergara y del Conde de la Vega del Sella, paisano tuyo, de las que conservo contratos de arrendamiento de hace siglo y medio.

—Estoy descubriendo el campo.

—¡Si tú vas a acabar sabiendo del campo como si hubieses vivido treinta años en él! me dice don Antonio, riendo.

—¿Que tiene más tradición en el campo charro: la merina o el toro bravo?

—La oveja merina tiene menos leyenda que el toro de casta, aun cuando tenga muchos más años en el campo charro.

—Parece ser que los ganaderos conservaron durante años la tradición de merineros con más de ocho mil cabezas lanares.

Las casas de Coquill, Terrones, Castroverde y algunas más llegaron a las diez mil lanares, alcanzando el título de Cabaña la de Llen, al rebasar las veinte mil cabezas.

Ser merinero, en Salamanca, llegó a significar orgullo. En las bodas de la gente del campo siempre llevaban como dote por ambas partes, un rebaño de merinas.

—Porque, en caso contrario, casi no se podía considerar que fuesen ganaderos del campo salmantino.

¿Cree usted, don Antonio que las ganaderías han de ir en aumento o inician la decadencia?

—En clase, en raza, irán siempre a mejor. En número, la decadencia es inevitable.

—¿Por qué, don Antonio?

—Por la escasez de terreno. Si te refieres a las ganaderías bravas, al toro de lidia, estas no se pueden tener fuera de terrenos muy adecuados. El toro precisa terreno llano, tierra de vega, y estos terrenos también son necesarios hoy, que España va aumentando tanto su población, para explotarlos en cultivo intensivo. El toro, en la sierras, pierde tamaño a las pocas generaciones, y sin esqueleto es imposible llegar al peso que impone el reglamento y que exige el público.

—Pero, don Antonio, si dice usted que en raza irán siempre a mejor, ¿Por qué se caen los toros?

A don Antonio sale una vena gorda en el cuello.

—Oye, oye, que el caerse no tiene nada que ver con la raza. Precisamente los toros buenos son los que se caen. El que está a la defensiva no se cae nunca. En cambio, el que embiste noble y franco, con el hocico por el suelo y fijo sólo en el capote y la muleta, es más fácil que se caiga. Como ese tipo de toro que ha sido el gran triunfo de los ganaderos bravos de esta época no se había logrado en la antigüedad, aun cuando hubiera resultado muy agradable conseguirlo. Los toros de entonces no se podían caer.

Le digo a don Antonio que no entiendo nada. Vamos, que no entiendo un pimiento. Y don Antonio casi se desespera.

—Mira, atiende lo que te digo, pero deja de mirar a esa india del impermeable. Atiende, que es más importante lo que voy a decirte. El toro, antiguamente, se iba del capote en la mayoría de las ocasiones; arrancaba bien a los caballos y tomaba muchos puyazos, porque unas veces por irse el toro suelto del caballo, otras porque el picador marraba y todas porque la puya era razonable y hacía un daño relativo, la suerte de varas resultaba infinitamente más lucida que la actual.

Don Antonio estira mucho el cuello y sacude el índice en el aire, sentencioso:

—Era lo único que tenía importancia en la corrida, porque la faena de muleta se reducía a media docena de pases, pocas veces buenos y siempre con un banderillero con su capote, preparado a la salida del muletazo para llamar la atención al toro, carecía por completo de interés, y este interés sólo aparecía en el momento de la estocada.

—Aún no puede uno creer que hoy sean los toros más bravos que aquellos otros impresionantes que derribaron con la espada El Espartero y sus contemporáneos.

—¡Pero, hombre, si eso ya no lo duda ni nuestro amigo Domingo Ortega!

—Mire, don Antonio...

—Pero vamos a ver: ¿cuántos toros saltan hoy la barrera? ¿Cuántos vuelven la cara a los caballos? ¿Que no toman más que dos o tres puyazos? Naturalmente. Si

al tercero están ya medio muertos, yo no he visto a ningún moribundo que tenga gana de pelea. Nadie que mire serenamente lo que es una corrida de toros y haya visto las que se celebraban hace medio siglo, puede explicarse que los toros aguanten cincuenta y sesenta muletazos sin marcharse de la muleta y sin aprender algún resabio. El llegar a este tipo de toro que ha hecho que las plazas se llenen de público todas las tardes y que la fiesta tenga el rango que merece, yo sé los sacrificios que ha costado.

—Pero sigue usted sin aclarar por qué se caen los toros.

—Por nobles, hombre, por nobles. Y he propuesto veinte veces un ensayo demostrativo, pero nadie me quiere hacer caso.

—Venga el ensayo, don Antonio.

—Yo, fíjate lo que te digo, me comprometo a encerrar ante un grupo de aficionados, todo lo numeroso que se quiera, doce o quince novillas en la plaza de tientas. Las van a torear los mismo matadores que luego torearán los toros en las plazas. Y de las quince, seguramente se caerán dos o tres. Bueno, pues estas dos o tres becerras, que ya han perdido su nobleza, porque se las ha toreado una vez y porque ya están, por tanto, a la defensiva, se encierran a los quince días otra vez, y si alguna se cae, yo he perdido. Pero verás cómo no pierdo. Y la bravura de la becerria es la misma. Y el poder y la fuerza no han cambiado en quince días, y, sin embargo, ya no se caen, por la sencilla razón de que ya no son nobles.

Vamos saliendo hacia la puerta. Las conversaciones se han terminado. Le quiero hacer a don Antonio un último «test».

—Dime, dime.

—¿Para qué le ha servido a usted el dinero?

—Pues mira, como yo soy hombre de pocas aspiraciones, el escaso dinero que he reunido ha llenado por completo mis necesidades.

—Y fuera del campo, ¿no ha tenido usted aspiraciones?

—Ninguna, sí viviera diez veces, las diez volvería a hacer lo mismo que he hecho.

—¿Pero ni siquiera le hubiese gustado a usted ser matador de toros?

—Hombre, eso, sí. Sobre todo, siendo una primera figura. Pero el matador de toros tiene el inconveniente de que al retirarse, y siempre es en su primera juventud, pasa de la popularidad al anonimato, mientras que el ganadero, aunque en otro aspecto, sigue conservando el mismo nombre, lo que hace que no parezca que uno envejece tan rápidamente. Yo creo que debe resultar muy triste ser un año todo y al siguiente quedar reducido a un apacible y tranquilo burgués.

Es don Antonio Pérez Tabernero un ser que irradia optimismo. Nos da la sensación de que teniéndole próximo no puede ocurrirnos nada desagradable en la vida.

—¿Pero a usted no le ha dado disgustos el campo don Antonio?

—Muchísimos. ¿Quién no tiene disgustos en su profesión? Y de todas maneras, el campo, acaso por lo limitado de nuestras aspiraciones no es tan arriesgado como otros asuntos, y siempre nos escondemos en un discreto término medio.

—Pero ¿Por qué tiene usted la idea de que el campo es mal negocio, don Antonio?

—Porque no es bueno. Cuando salga una persona que me explique los procedimientos para que el campo sea un asunto de grandes rendimientos, que tenga la seguridad de que lo empiezo a copiar al día siguiente.

—Punto final.

—No; punto final, no. Que no publiques nuestras conversaciones, en eso estoy de acuerdo. Ahora que seguiremos conversando siempre.

Admirable personaje este don Antonio Pérez Tabernero, señor de Salamanca, campero, deportivo en la vida y con las cosas de la vida, y viajero antiguo en la habitación 333 del Hotel Palace.